

EL PODER CREADOR DE LA PALABRA

La palabra es lo más maravilloso que se ha creado. No se concibe la existencia de la vida sin el halo misterioso que envuelve la palabra. Ella puede evocar aquello que se esfuma en los pliegues de la memoria, rescatar del olvido un ramillete de emociones que dormitan en el tiempo esperando las palabras mágicas que las regresen de nuevo a nuestro lado. La palabra es el brazo inerme de la imaginación creadora, el hada de misterio que toca con su varita mágica a las cosas para que el Orbe florezca en la palabra.

La emisión de sonidos articulados –dentro de una selección paradigmática de infinitas posibilidades– no sólo hace posible la comunicación humana y el progreso, sino que constituye el vehículo de primer orden para la creación literaria, para alumbrar universos de la imaginación creadora y reproductora, iluminando todo aquello que puede ser intuitivo o soñado. Todo puede abarcarse si se nombra, todo puede abrazarse si acertamos con la esencia sustantivadora de la palabra exacta, de la palabra que descubre continuamente nuevos horizontes, nuevos contornos.

Sólo en la palabra florece el Orbe como una maravilla que puede ser recreada y modificada por la palabra exacta, con esa fuerza verbal digna de un poder casi demiúrgico, casi divino. Difícil resulta determinar los servicios de gran alcance que la palabra ha prestado al hombre. La palabra está a su servicio y al mismo tiempo el hombre está al servicio de la palabra en una maravillosa paradoja, porque bien poco sería el hombre sin la palabra, pero nada sería la palabra sin el hombre, sino un eco vacío flotando en el abismo a la espera de que alguien acudiera puntualmente a ponerla en servicio, a utilizar todo su esplendor, esa luz inminente que arroja sobre el mundo en una renovada y continua creación.

Amor es la palabra, toda esa aureola de misterio que la envuelve, esa expectativa que despierta entre dos interlocutores como un atisbo de misterio que se acerca a la conciencia para desbrozar nuestras dudas, nuestros anhelos, nuestras incertidumbres. La palabra, como ente de naturaleza mixta, espiritual y material, merece todo nuestro respeto, hasta el punto que debíamos hablar o escribir deslumbrados por su magia, por su grandeza. Por eso, todos deberíamos hacer el propósito de reservarla en lo más íntimo de nuestro ser si con ella no somos capaces de mejorar el SILENCIO.